

An aerial view of a city skyline at sunset. The sky is filled with soft, golden light and wispy clouds. The city below is densely packed with skyscrapers and buildings, their silhouettes softened by the hazy atmosphere. The overall mood is contemplative and serene.

NUNCA ES TARDE

JAVIER MARTÍNEZ

TODAVÍA QUEDA MUCHO POR VIVIR

DEDICATORIA

'Aquí y ahora' y 'Ahora o nunca' hablaban de la importancia de vivir el presente como el único momento real en el que tenemos el control de nuestra vida, de aprovechar el momento y no desperdiciar oportunidades. Ambas historias pretendían conseguir que tú, que estás al otro lado, vivieras tus sueños sin pensar en las consecuencias, te atrevieras a dar ese paso y conseguiras superar esa barrera que se interpone entre tú y tus metas. Son dos historias de fuerza y coraje; una cuentas atrás cuyo final desconocemos.

'Nunca es tarde' pretende crear un punto de equilibrio entre ambas historias. Esta vez, se trata de vivir el momento, de aprovechar el presente ahora porque quizás no habrá otra oportunidad, pero también de no rendirse si las cosas no salen como planeas. Esta historia intentará que te convenzas de que no hay tiempo ni edad ni límite para conseguir aquello que te propongas; y que no importa las vueltas que de la vida y las veces que te derrumbes, porque mientras estés vivo nunca será tarde para levantarte, sacudirte el polvo y volverlo a intentar una vez más, o dos, o tres... Las que hagan falta hasta conseguir aquello que anhelas.

Lo único que necesitas es tenerte a ti mismo.

A los que nunca se rinden.

CUARTA PARTE
NUEVA YORK

Cierra los ojos y piensa en quién quieres ser. No visualices tu presente, ni tus miedos, ni situaciones actuales. Viaja hasta ese lugar, que crees imposible, en el que eres la persona que siempre has soñado. Ese lugar en el que sientes que puedes ser tú mismo. Cierra los ojos y observa qué ves, a quién ves.

Ahora ábrelos y convéncete de que esa persona existe; porque, si puedes imaginarlo, puedes llegar a serlo. Todo depende de ti y de las ganas que tengas de conseguirlo.

Mil veces he oído que la vida es complicada y casi ninguna que sea fácil. Nadie ha pasado por el mundo sabiendo lo que tiene que hacer en cada momento, con un libro de instrucciones que le iba indicando cómo reaccionar y qué decisiones tomar ante cada incógnita. Todas las personas, las que conocemos y las que no, han tenido que averiguar quiénes eran y luchar por conseguirlo; y muchas han terminado siendo personas distintas a aquellas que imaginaron, pero no por ello peores. A veces, la visualización de un sueño sólo aparece para indicarnos un camino a seguir para conseguir otro fin, no para cumplir el sueño en sí mismo. Sólo hay que estar pendiente de las señales que van apareciendo. Nos equivocaremos una y otra vez y, en ocasiones, parecerá que el universo conspira en contra de nuestros deseos. Llegaremos a pensar que nos han maldecido o que no merecemos la felicidad que otros sí parecen disfrutar. Nada más lejos de la realidad. La vida no es perfecta y no siempre será fácil conseguir todo aquello que nos proponemos; pero, por ese mismo motivo, la satisfacción al cumplir cada propósito será mucho mayor. Lo fácil nos reconforta, lo complicado nos transforma.

Desde que llegué a Nueva York, muchas de las personas que he conocido me han dicho que soy demasiado joven para ser como soy, que mis años no son suficientes para creerme conocedor del mundo; y es cierto. Apenas empiezo a descubrir cómo funciona. No tengo ni la menor idea de por qué ocurren determinadas cosas, sobre todo cuando son malas y caen sobre gente buena. Y, por supuesto, no sé casi nada acerca de ser un adulto con grandes responsabilidades. Pero, ¿y quién sí? El mundo está lleno de gente que sobrepasa los cuarenta años y aún no ha encontrado su sitio, ni ha aprendido a vivir; gente que, cuantos más años cumple, más perdida se siente en este caos. ¿Quién garantiza que la edad tonifica el conocimiento? Yo soy joven y estoy empezando a conocer el mundo que hay más allá de mi hogar; pero si hay algo que tengo claro es que he conocido el sufrimiento, el dolor, la desgracia y sé lo que se siente cuando no tienes ganas de continuar viviendo porque todo lo que ves a tu alrededor carece de sentido. Conozco la amarga sensación de perder la vida de alguien a quién amas entre tus brazos, de ver cómo se desvanece en el aire sin poder hacer nada para evitarlo. He visto la muerte frente a mis ojos y eso te hace madurar de golpe. Sólo llevo dos décadas en el mundo, pero he tenido vivencias que algunos no experimentarán jamás en su vida.

Por eso estoy tan convencido de las cosas que digo, porque en los dos últimos años he comprobado, día tras día, que casi todas mis teorías son acertadas, que todos los errores se pagan y que los esfuerzos reciben su recompensa

aunque sea más tarde que pronto; que el que no arriesga no gana, pero arriesgar muchas veces significa perder de igual modo. Y no pasa nada. La vida no está hecha para ganar siempre. El mundo no es de los ganadores, sino de los perdedores que vuelven a intentarlo una y otra vez. Ahí es dónde está la recompensa: en saber que cada vez somos más fuertes y estamos más preparados para afrontar todo lo que esté por venir, sin importar cuántas veces caigamos ni cuántas personas nos impidan llegar a la meta. En el fondo, lo que importa es que nosotros, los perdedores, sabemos que siempre hay una nueva oportunidad, que cada día tenemos la posibilidad de volver a intentarlo y que nunca es tarde para ser quiénes vemos en nuestro interior al cerrar los ojos. Los perdedores sabemos que tal vez nunca seremos ganadores, pero no nos importa, porque lo mejor de la vida es lo que ocurre mientras competimos; y, al final, hasta los que son ganadores van a terminar perdiendo el juego. Todos lo perderemos, así que más nos vale divertirnos durante, porque probablemente no tendremos tiempo de celebraciones cuando llegemos a la meta.

1. DÉJÀ VU

La brisa marina que atrapa mis sentidos me indica que el verano siempre llega a su fin. Fresca y húmeda; algo que no ocurre cuando empieza la temporada y el aire se torna caliente y seco. La luna brilla en lo alto del firmamento y juraría que las nubes no han recibido invitación al evento, ya que el cielo está tan despejado que el universo parece dispuesto a posarse sobre la arena en cualquier momento. Las luces de St. Dean llevan horas apagadas, a excepción de las farolas que se alinean a lo largo del paseo. Miro a mi alrededor y todo me resulta familiar pero, al mismo tiempo, es distinto a como lo recordaba; como si las memorias que guardo en mi interior de este lugar pertenecieran a otra vida. Sé que estoy en la casa de la playa pero no parece la misma, incluso la madera de las escaleras del porche se muestra distinta.

Lo único que no ha cambiado es él. Me sigo perdiendo en sus ojos con la misma facilidad que el primer día. Me sigue haciendo reír con sólo un gesto. Y sigo teniendo escalofríos cada vez que pienso en todo lo que nos queda por vivir juntos. Tomo un último sorbo de una copa de cava y la dejo caer en la arena. Me siento en ese punto en el que, sin estar ebrio, empiezo a confundir el entorno y a alejarme lentamente de la realidad. Debe ser el tiempo que llevo sin beber o que mi agitado corazón revoluciona mis sentidos de tal forma que no maniobro con eficacia. Levanto la vista y le guiño un ojo. Me sonrío. Se lo vuelvo a guiñar. Me sonrío de nuevo. Me encanta que sea así de tímido y al mismo tiempo tan espabilado, aunque suene a contradicción. Tengo la sensación de que esta noche no va a terminar nunca.

Matt coge mi mano y tira de mi brazo para levantarme. Me guía hasta sus brazos y, tras un pequeño beso, caminamos por la playa en dirección a la orilla. Presiento que va a intentar mojarme. De hecho estoy viviendo un *déjà vu* en el que puedo adivinar lo que va a ocurrir a continuación. Qué extraño. Visualizo en mi mente cómo chapotea en el agua, cada vez con más intensidad, hasta empaparme los pantalones y, acto seguido, eso es justamente lo que ocurre. Nos mojamos mutuamente, caemos a la arena y rodamos por el agua. Vivimos en una película tan típicamente romántica como extrañamente familiar. Tantas veces he soñado con este momento que, ahora que lo estoy experimentando, es como si ya lo hubiera vivido mil veces atrás.

—¡Venga! —exclama Matt poniéndose en pie—. ¡Vamos!

—¿A dónde? —le pregunto.

–¡Al agua!

Se quita los pantalones y los tira lejos, en la arena seca. Sonríe enamorado y justifico mis pocas ganas de adentrarme en el mar. Siento que no debería hacerlo.

–¡Venga, Ryan! –insiste Matt, quitándose la camiseta–. ¡Me debes un beso!

–Ya te he dado muchos –le respondo.

–¡No! Me debes el de aquella noche, cuando se quemó el mantel.

Matt corre hacia el agua sin hacer la más mínima queja por la temperatura. Con el alcohol que lleva en el cuerpo quizás ni la nota. Yo, por mi parte, sigo sin tener ganas de este juego. Quiero besarle aquí, en la arena, abrazados y, sobre todo, secos. Lejos del agua. Sigo teniendo la extraña sensación de que algo no va bien.

–¡No voy a ir! –le grito

–¡Sí lo harás!

–No. No sé... Tengo un presentimiento. ¡Vuelve aquí, por favor!

Me levanto e insisto en pedirle que regrese junto a mí, pero se aleja sin parar. Más lejos, más hondo, más oscuro. De pronto me arde la piel del miedo; me queman los hombros y la espalda. ¿Qué me pasa? Nunca me había sentido así antes. Será el alcohol. Igual un baño en el agua fría no me viene del todo mal. Venga, Ryan. No seas aburrido. Es tu última noche, aprovéchala.

–¡Deja de alejarte que ya voy! –le grito– Si me lo pones tan difícil no voy a darte el beso, ¿eh?

Ya en calzoncillos, levanto la vista y no le veo. Demasiado oscuro, demasiadas olas, demasiado cava. Veo todo borroso. Pero si no he bebido tanto. Qué extraño es esto. Sigo buscándole mientras caigo en su juego y siento el agua ascendiendo por mis piernas, cadera, pecho...

–¿Dónde te has metido? ¡Deja de jugar o te quedas sin beso!

Me adentro cada vez más en el oscuro mar y no doy con él. No sé lo que está haciendo pero no me hace ninguna gracia. Además, siento que me cuesta nadar. Tengo los músculos engarrotados, muy tensos. Buceo una y otra vez in-

tentando encontrarle y que termine el juego. No entiendo esto ahora. Con lo bien que iba la noche, ¿por qué le ha dado por hacer esta estupidez?

–Joder Matt, ¿dónde estás? –grito angustiado– No seas imbécil, que está oscuro y no te distingo.

Me sumerjo en el agua y tanteo por el fondo rocoso. Tengo la amarga intuición de que algo le ha pasado. Es como si ya hubiera vivido este momento. Ya he estado aquí, en el fondo del mar, buscándole. Quiero llorar y gritar al mismo tiempo, pero bajo el agua ninguna de esas dos cosas tiene sentido. Arrastro mis manos entre las algas una y otra vez. Abro los ojos y lo único que percibo es el reflejo de la luna en la superficie del agua, varios metros sobre mi cabeza. Nado de un lado para otro apretando fuertemente la mandíbula para soportar el frío y aguantar la respiración, pero me fallan las fuerzas. Estoy cansado y me cuesta nadar de vuelta a la superficie. El reflejo de la luna se aleja en vez de acercarse. Me estoy quedando sin aire. ¿Tan profunda es esta zona? Necesito respirar.

Cuando por fin logro salir a flote, cojo una gran bocanada de aire y miro hacia la orilla. Allí está, riéndose de mí. Sentado en la arena con su increíble sonrisa y haciéndome señas para que salga del agua.

–¡Eres un imbécil! –le digo al llegar hasta él.

–Anda, ven. Que te doy el beso.

–¡Déjame! –le grito empezando a llorar–. ¡Me has dado un susto de muerte!

El rostro de Matt cambia en menos de un segundo. Su sonrisa desaparece y sus ojos transforman la alegría en decepción, consigo mismo supongo.

–Lo siento. Se me ha ido de las manos.

–¡Y mucho! –respondo entre lágrimas.

Matt me abraza.

–Pensé que te habías ahogado. No te encontraba –sollozo.

–Tranquilo, Ryan. De verdad, lo siento. Estoy aquí. Ya ha pasado todo. No llores.

–No puedo controlarlo. Tengo frío. Me falta el aire. No se me quita el miedo. ¡No vuelvas a hacerlo!

Me siento en la arena y busco cobijo y calor entre sus brazos. Ahora soy yo el perrito abandonado que necesita consuelo, irónicamente, en el que ha provocado mi debilidad. Estoy helado. No sabía que el agua en pleno verano pudiera estar tan fría. No sé ni cuánto tiempo he estado dentro. Si no fuera por lo mucho que quiero a Matt, le habría dado un puñetazo de la rabia.

–¿Ya estás mejor? –me pregunta.

–No. Se me ha quedado muy mal cuerpo. No entro en calor. Pensaba que te había perdido.

–Nunca vas a perderme.

–Eso no es lo que sentía antes, bajo el agua, buceando entre rocas y algas, sintiendo el miedo de encontrarte sin vida.

–Tranquilo, estoy aquí.

–Ha sido muy duro, sólo pensaba en que te habías ido. Me sentía solo, como si tú ya no estuvieras. Como si no existieras. Como si realmente nunca hubieras existido.

–¡Qué dramático eres!

El sonido de las olas del mar rompiendo en la orilla se funde con el de algunos pájaros madrugadores que empiezan a entonar sus canciones de buenos días. A lo lejos, en el horizonte, un pequeño halo de luz comienza a hacer aparición. En breve el sol brillará una vez más, como cada día, y la luna volverá a esconderse para reservar su brillo hasta otra noche en la que alguien lo añore. Le abrazo aún más fuerte para que no se vuelva a escapar.

–¿Matt?

–Dime.

–Hay algo que nunca te he dicho.

–No hace falta que lo digas, ya lo sé.

–Da igual, tú sólo escucha.

Oigo el ruido de un motor pero no consigo ubicar su procedencia. Mirando hacia el horizonte veo en el agua el reflejo de luces rojas, otras azules.

–Tengo que irme.

–Espera –le suplico.

Sujeto su mano y la aprieto con fuerza para que no pueda marcharse. Acaricio sus dedos y rozo mis labios con ellos. Huelen a su colonia de mandarina, al alcohol del cava, a la sal del mar, a pan tostado.

–No digas nada, lo sé.

Abro los ojos y veo las vigas de madera que cruzan el techo del apartamento, miro a mi alrededor y veo la luz de la mañana que baña por completo mi habitación. Mi corazón late acelerado y me incorporo en la cama de golpe. Me siento con la espalda apoyada en la pared y rompo a llorar sobre la almohada que tengo entre las rodillas. No lo puedo detener y me cuesta respirar a un ritmo normal. Me ahogo, no siento el aire al entrar ni al salir de mi cuerpo. Cada vez se me acelera más el corazón. Intento respirar pero la presión en el pecho es tan grande que apenas puedo expandir los pulmones. Otra vez no.

–¡Mike! –grito angustiado–. ¡Mike!

Se abre la puerta de la habitación y él aparece sonriendo con el desayuno en una bandeja, del que distingo borrosamente tostadas, un licuado de frutas y no sé qué más. En cuanto ve las lágrimas en mi cara y mis jadeos intentando controlar la respiración, deja su sorpresa de cumpleaños a los pies de la cama y corre a abrazarme. Me cuelgo de su cuello como si fuera la última vez que se me permite hacerlo y vuelvo a explotar una vez más. Lágrimas caen desde mi rostro hasta su hombro y la tensión de los últimos minutos se apodera de mi sistema nervioso sin que pueda controlarla. Lanzo un grito desesperado de dolor y rabia.

–Tranquilo. Estoy aquí. –me dice, como si supiera lo que acaba de pasar o el mundo quisiera mostrarme la recompensa que he recibido a cambio de mi sufrimiento–. No pienses, no te preocupes, estás bien, no dejes que te afecte.

Sigo sollozando junto a su cuello y recibo suaves besos en el mío. Respiro lentamente y, de forma pausada. Poco a poco consigo recuperar el aliento y

respirar a un ritmo normal. La angustia del pecho va disipándose como si fuera un puñado de sal en agua hirviendo. Cada segundo se hace eterno y en cada uno me aferro un poco más a Mike.

–Ya ha pasado. Mírame.

Relajo los brazos, me suelto de mi salvación y me dejo caer hacia atrás sobre la cama. Mi respiración parece haber vuelto a la normalidad y ya no siento los latidos del corazón como si fueran golpes en las costillas. Mike sigue mi movimiento y se apoya sobre las sábanas, con medio cuerpo sobre el mío. Le miro y consigo regalarle una sonrisa de agradecimiento.

–¿Estás mejor? –me pregunta.

–Ahora sí.

–Esta no ha sido de las fuertes, entonces.

–No. Ya no. Tú eres más eficaz que cualquier pastilla.

–Te quiero más que a nada.

–Y yo a ti más que a todo –le respondo.

–Cumpleaños.

–¿Cumpleaños? –le pregunto.

–Es que ahora mismo no parece que sea muy feliz el día.

–Qué bobo eres. Dame un beso.

–Feliz... –me besa– ...cumpleaños.

Y, a pesar de todo, sé que soy un chico afortunado.

–Está visto que en tu cumpleaños siempre hay algún drama. A ver si el año que viene hay más suerte –bromea Mike–. ¿Qué ha pasado?

–He tenido un sueño complicado.

–¿Matt?

Asiento con la cabeza.

–¿Han vuelto las pesadillas?

–No. Ha sido peor.

Mike permanece en silencio, esperando a recibir más información.

–Esta vez, va a ser un poco raro contarte lo que he soñado.

–¿Por qué? Ya sabes lo que opino de esta historia. Entiendo que aún ocurran cosas como esta y es algo que he aceptado desde el primer día.

–Ya, pero aún así...

–A ver, sé que suena un poco mal, pero no puedo sentir celos de alguien que no está, ¿no? Eso creo. Mientras no sueñes con quien tú ya sabes...

Me río y le doy otro beso.

–He soñado que estaba vivo, que no se ahogaba. Que al final era todo un juego y me estaba esperando en la orilla.

–Qué mal rollo.

–Lo curioso es que tenía la sensación de que ya lo había vivido, no sé cómo no me he dado cuenta de que estaba soñando.

Prefiero guardarme para mí el hecho de que, ni en el sueño, he podido decirle a Matt que le quiero, o le quería. Se me pasa por la cabeza la idea de que el sueño en verdad haya sido una forma de contacto con el Matt que está en otra parte, en otro mundo, dónde sea; y que me ha dicho que no necesitaba oír un «te quiero» de mis labios porque ya lo sabía. Claro que también puede ser mi desequilibrada mente tratando de convencerme a mí mismo de ello. O una simple casualidad de los mecanismos que crean los sueños. Sea como sea, Mike no necesita conocer esos detalles. No aportan información necesaria y no quiero tentar a la suerte. Opto por quitarle hierro al incómodo sueño y la posterior crisis de ansiedad.

–Y al final aparecía Evan y hacíamos un trío.

–No te escupo en el zumo porque es tu cumpleaños.

–¡Oye, que no he nombrado al que no puedo nombrar! –me río.

–Desde Halloween los dos son igual de innombrables.

Mike se levanta de la cama y sale de la habitación, no sin antes volver su cara hacia mí y mandarme un beso volado que me confirma que no le ha sentado mal la broma. Y yo sonrío porque soy feliz, aunque aún me duela el pecho, aunque tenga pesadillas ocasionales y alguna que otra crisis de ansiedad; porque tengo junto a mí a una persona que es tan grande que nadie podría hacerle sombra, que es tan comprensiva que nunca tengo que explicarme más de la cuenta, que es tan generosa que apenas tiene momentos para sí mismo porque todos me los regala, y que es tan increíble que a veces pienso que no me lo merezco. Luego pienso en lo mal que lo he pasado y me doy cuenta de que sí me lo merezco.

Oigo como ha vuelto a la cocina y doy por hecho que está terminando de prepararse el desayuno porque en la bandeja sólo hay comida para uno. Yo permanezco tumbado en la cama, mirando al techo y pensando en lo diferente que sería mi vida si, a lo largo del camino, hubiera tomado alguna decisión distinta. Pienso en qué habría ocurrido si me hubiera quedado con Sussan en Norwalk en vez de apuntarme al campamento de hace casi tres años. Qué hubiera cambiado si no hubiera tenido la determinación de pasar el verano solo en la casa de St. Dean. Cómo sería mi vida actual si, aquella mañana en la que conocí a Matt, hubiera decidido ir al centro comercial en lugar de a la playa. O dónde estaría a día de hoy si hubiera comenzado la carrera de Derecho tal y como tenía previsto, en una universidad distinta, lejos de Mike. Incluso se me pasa por la mente la incógnita de pensar en el día de hoy si me hubiera rendido tras meter la pata y no hubiera vuelto a Norwalk a luchar por él, si me hubiera conformado con las miles de oportunidades que ofrece esta ciudad en vez de apostar por él. Nunca lo sabré. Otra de tantas cosas que se quedan atrás y que nos empeñamos en rescatar una y otra vez aunque no podamos hacer nada para cambiarlas.

Para bien o para mal, la vida es este momento. No es el minuto antes en el que tienes un sueño horrible, ni el minuto después en el que crees que estarás desayunando con tu novio. El pasado no se toca y el futuro aún no existe. Probablemente esa sea la mayor y principal lección que he aprendido en este tiempo. No hacer planes, no pensar en lo que puede pasar mañana o añorar aquello que ocurrió ayer. No lleva a ninguna parte porque lo único que tenemos asegurado es este instante. Quizás por eso me he vuelto mucho más impulsivo que antes. Ya no pienso las cosas demasiado, ni me planteo las consecuencias positivas y negativas de mis actos, salvo que pueda herir a alguien. Simplemente actúo, simplemente vivo. Excepto en días, como hoy, en los que

mi cuerpo y mi cerebro deciden actuar de forma independiente y creando un caos emocional que vuelve a rasgarme las cicatrices del pasado. Pero no importa, es sólo otro momento más que desaparece con cada *tic* del segundero del reloj.

Ya han pasado ocho meses desde la boda de Sussan y Alex. Ocho meses desde aquella maravillosa tarde de primavera en la que prácticamente todos sentimos que empezaba una nueva etapa, no sólo para ellos sino también para Mike y para mí. Desde que lo recuperé en febrero hasta la boda en mayo la situación fue rara, tensa, complicada. Pero, desde ese día, todo terminó de encajar en su lugar original. Desde entonces han sido ocho meses de estabilidad, avanzando positivamente y dejando atrás aquello que nos causó dolor, con alguna que otra inesperada sorpresa que ya contaré.

Claro que la teoría siempre queda bien en el papel y la realidad no es perfecta. No puedo hablar por Mike, más allá de lo que él me cuenta y me transmite, pero, por mi parte, aún sigo teniendo días en los que necesito pedirle aún más disculpas; días en los que veo sus ojos viviendo por mí y me derrumbo al pensar en lo que fui capaz de hacer; días como el de hoy en el que veo cómo es capaz de soportar según qué cosas y yo, en cambio, me rendí a la primera oportunidad que tuve de pensar que nuestra relación hacía aguas. Pero hice la promesa de que haría todo lo que estuviera en mi mano para evitar que volviera a ocurrir, y dedicar todos mis esfuerzos en demostrar que para mí él es único e indispensable en mi vida.

Es evidente que no todo es perfecto y seguimos pasando algunas situaciones incómodas cada vez que tenemos algún encuentro con alguien medianamente atractivo. Comentarios inofensivos que antes podría hacer sobre chicos, ahora no puedo hacerlos porque me siento mal conmigo mismo. Mike nota que ahora hay silencios donde antes había exclamaciones y miradas a todo príncipe azul que pasara por nuestro lado. Haga lo que haga, la tensión es inevitable. Si me callo, creo un silencio incómodo y ambos recordamos lo que hice. Y si no me callo —que aún no me he atrevido a no hacerlo— seguramente haga que Mike se acuerde de lo ocurrido con Leo y provoque sentimientos adversos hacia mi persona que no quiero que se repitan. Una calle sin salida en la que el único remedio es intentar desviar la atención cuando nos encontramos en una situación incómoda de ese estilo, ya sea en el metro, por la calle o en alguna fiesta a la que asistamos. Y, creedme, volverme ciego en esta ciudad durante el verano no fue tarea fácil. Con tanto pantalón corto, camisetas sin mangas, bronceados, bíceps al aire y miradas ávidas de un encuentro visual, ha sido una auténtica tortura. No por deseo sexual —no volvería a caer en ese error— sino por no poder comentar nada de lo que veía y tener que actuar como si esos dioses del Olimpo fueran señoras de pueblo con batas, rulos y crema de aguacate en sus caras.

—¡Feliz cumpleaños, guapetón!

Laura, nuestra compañera de piso tras la marcha de Evan, ha entrado en mi habitación y ni me he dado cuenta, sumergido en mis pensamientos.

–Muchas gracias –le respondo devolviéndole el abrazo.

–¿Y esa cara que me traes? Tú has estado llorando.

–Un poco, pero ya ha pasado.

–Otra vez las pesadillas con el chico de la playa, ¿verdad?

Asiento.

–Pero esta vez no ha sido pesadilla, ha sido incluso bonito. Pero es sorprendente como algo bonito puede dar incluso más miedo.

–Mira Ryan, mi abuelita allá en Colombia siempre me decía que los sueños son deseos del alma. Cuando uno sueña cosas buenas es porque deseamos que ocurran o, como en tu caso, que hubieran ocurrido.

–Pero sería como si quisiera que Mike no existiera en mi vida.

–No tiene por qué. Las personas somos contradicción pura, ¿verdad? Mírame a mí, que me gustaría tener un cuerpazo de modelo de anuncio, pero al mismo tiempo quiero seguir poniéndome hasta arriba de bollos.

–Tú y los bollos...

–¡Estúpido! ¡Me refiero a nuestras meriendas en el Dunkin Coffee! Como te decía... ¡Contradicción!

–No es lo mismo...

–Es exactamente lo mismo. Quieres dos cosas que no pueden ocurrir al mismo tiempo. Pero permíteme que te diga que tú tienes más suerte, porque una de las cosas que quieres es imposible. No te ofendas, pero al menos tú no puedes elegir. Así que no le des más vueltas en esa cabezota.

–¿Y cuándo soñamos cosas malas?